

PEREGRINACIONES *MIZRAHÍES*¹

Samir Naqqash es un novelista israelí que escribe en su lengua nativa: el árabe. Nacido en el seno de una familia judía en Bagdad en 1938, fue un joven testigo del turbulento periodo de luchas iraquíes en contra del gobierno títere británico de Nuri Said. Los judíos iraquíes eran con diferencia la mayor y más próspera comunidad judía autóctona de Oriente Próximo en aquel periodo y jugaron un papel destacado en la vida cultural, social y política de la región. También eran, en su mayoría, firmemente antisionistas. A pesar de la agitación dirigida a provocar la migración hacia Palestina bajo el mandato británico, el Partido Comunista Iraquí fue un polo de atracción mucho más poderoso que el clandestino Hehalutz sionista. El «patriotismo iraquí» y la idea de la Unión Soviética como baluarte frente al nazismo constituyeron motivaciones comunes entre los judíos para unirse al Partido Comunista Iraquí (PCI). En noviembre de 1947, el Consejo General de la comunidad judía iraquí envió un telegrama a la Asamblea General de Naciones Unidas en el que manifestaba su oposición a la partición de Palestina y a la creación de un Estado judío. Bajo la presión de sus propios miembros judíos, el PCI realizó una protesta oficial en contra del respaldo que la Unión Soviética prestó a la entrada de Israel en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas; fue el único partido comunista árabe que adoptó esta postura.

Las presiones sobre esta comunidad crecieron en 1950, cuando Nuri Said, que trabajaba mano a mano con la Agencia Sionista con el respaldo total de Londres, instauró un programa voluntario de «desnaturalización» de los judíos iraquíes mediante el que se les despojaba de su nacionalidad y de sus derechos de propiedad y ciudadanía y se les concedían doce meses para abandonar el país. El despegue inicial de este programa contó con el seguimiento de 12.000 personas, aunque la Agencia Sionista aseguró que los judíos que pudieran aportar la documentación adecuada recibirían una vez en Israel una compensación por los bienes confiscados. A lo largo de 1950, no obstante, una serie de ataques con granadas próximos a cafés y lugares públicos frecuentados por los judíos en Bagdad contri-

¹ S. NAQQASH, *Sblomo Alkurdi wa ana wa alzaman [Sblomo Alkurdi, yo y Tiempo]*, Colonia, Al-Kamel Verlag, 2004, 360 pp.

buyó a que aumentara el número de solicitantes de desnaturalización hasta alcanzar las 120.000 personas. A día de hoy no se ha esclarecido quién estaba detrás de esta campaña de terror.

Samir Naqqash, que tenía entonces trece años, y su familia estaban entre los judíos iraquíes que fueron trasladados a Israel en el puente aéreo de 1951 y sucesivamente albergados, junto con inmigrantes de otros países árabes, en campos de tránsito improvisados. En lugar de la compensación prometida, sus facturas y escrituras, cuidadosamente preservadas, fueron empleadas por el gobierno israelí como una excusa para negar los derechos de compensación a los palestinos por las propiedades confiscadas por el naciente Estado en 1949. (En 1952, cuando saltó a la luz la noticia del ahorcamiento de dos dirigentes acusados de terrorismo pertenecientes a lo que quedaba del movimiento sionista en Iraq, la reacción de muchos judíos iraquíes en los campos fue, de acuerdo con el informe redactado por el ministerio en aquel momento: «¡Dios se venga del movimiento que nos ha sumergido en este abismo!») La elite del sionismo laborista reunía prejuicios europeos acerca de la inferioridad árabe con la necesidad estratégica, tal y como se llegó a formular por aquel entonces, de poblar con judíos la tierra de Israel. Sus correligionarios, «redescubiertos» en tierras árabes después de que el genocidio judío hubiera reducido dramáticamente la reserva de inmigrantes europeos potenciales, fueron utilizados como mero material demográfico. Tal y como informó un emisario israelí enviado a Libia, los judíos de allí eran «atractivos en lo que concierne al físico y a la apariencia externa, sin embargo, me resultaba extremadamente difícil diferenciarlos de los de tipo árabe de buena cualidad». A los judíos árabes se les asignaron trabajos de construcción –fueron, en sentido literal, los «constructores de Israel»– y se les sometió a asentamientos estratégicos y a planes de reeducación dirigidos por la nueva elite sionista europea afincada en Israel. El joven Naqqash recibió una educación en hebreo, lengua que habla muy bien. A pesar de todo, sus historias –la primera de cinco colecciones fue publicada en 1971– y sus novelas y obras de teatro subsiguientes están desafiantemente escritas en su lengua nativa.

La quinta y última novela de Naqqash, *Sblomo Alkurdi, yo y Tiempo*, se publica este mes en la editorial independiente Manshurat Aljamaal, una pequeña casa editorial en lengua árabe dirigida por exilados iraquíes en Colonia. Se trata de uno de los novelistas israelíes vivos más destacados, cuya obra apenas se conoce en su país y de la cual únicamente se ha traducido al hebreo un relato (lo ha hecho su hermana Ruth). Escrita en un estilo verdaderamente posmoderno, *Sblomo Alkurdi* comienza por el final; no obstante, los temas y sentimientos que aparecen en la novela son historizados de un modo pasado de moda. El año en el que transcurre la historia es 1985 y el personaje principal, un anciano judío del este, vive en Ramat Gan, un confortable aunque insulso suburbio de Tel Aviv desde donde se dedica a recopilar sus memorias. Las extrañas primeras setenta páginas del libro responden a un intrincada estructura en la que se rememoran los principales episodios de una vida que se ha desarrollado a lo

largo y ancho de Asia Menor, desde la ciudad kurda de Sablakh hasta Teherán y Bagdad, así como en viajes (el protagonista era comerciante) a Moscú y Bombay; una travesía por el siglo, que va desde la Primera Guerra Mundial hasta la década de los ochenta. Los recuerdos se elaboran mediante dos conjuntos complejos y paralelos de conversaciones: una con Shlomo Kattani (más tarde conocido como Alkurdi), el personaje que encarna la vida de juventud del narrador, y otra, correcta aunque severa, con Tiempo, al que se apela con el fin de que ayude a registrar estas memorias.

«Y así termina la historia», dice el agonizante –quizá ya fenecido– Shlomo hacia el final de esta sección inicial. «En absoluto», contesta Tiempo. «Es ahora cuando comienza.» Ambos discuten sobre este particular hasta que Shlomo acepta finalmente: «Dejemos que las cosas sucedan de su natural». La voz de Tiempo se hace eco en su cabeza: «Muy bien. Dejemos que las cosas sucedan de su natural».

Lo que sigue es un relato más vívido que realista –Tiempo recibe instrucciones de no omitir ni «un átomo de ceniza de cigarro»– de los negocios, amoríos y asuntos familiares de Shlomo Kattani en Sablakh, ciudad situada a 360 kilómetros al norte de Bagdad, durante la Primera Guerra Mundial. Los temas relativos al tiempo, la cosmología y la civilización reaparecen, a menudo en forma de especulaciones metafísicas realizadas por quienes se vieron enfrentados con la insondable crueldad social del mundo moderno. Muy diferente a lo *real maravilloso*, fórmula con la que se ha caracterizado la literatura latinoamericana, la estética de Naqqash se nutre en sus novelas acerca de Asia Menor y Oriente Próximo de una «realidad terrible», en árabe, *waqi'rah*ib.

Ciudad amurallada y fortificada construida con piedra rojiza y rodeada por colinas pobladas con nogales, robles y pinos, Sablakh –cuyo nombre también se transcribe como Saubalagh o Sawj Bulaq; hoy Mahabad, al noeste de Irán– es históricamente conocida como el lugar en el que se declaró por primera vez la República Popular de Kurdistán en 1946. Durante la Primera Guerra Mundial y los postreros días del Imperio otomano, Qazi Fattah, el notable al mando, trató de fraguar vínculos con los elementos bolcheviques de la armada del zar. La novela de Naqqash comienza en 1914, con el matrimonio acordado del joven comerciante judío Kattani con Asmar, una joven de la localidad. Poco después, Kattani –el nombre significa «lino»– sale en un viaje de negocios hacia Moscú con su socio Abu Mohammed. La caravana, cargada de especias, fardos de lana y cerámica, atravesará una tierra devastada por la guerra: con el declive británico, las fuerzas del zar arrebataron las regiones azerí, armenia y kurda a una Persia debilitada desde hacía años, e instigaron alzamientos entre los armenios cristianos frente a los nobles musulmanes. Con el respaldo alemán, los otomanos se dispusieron a hacer frente al control ruso.

En ausencia de su esposo, Asmar se entera, no obstante, de los cotilleos que circulan por la ciudad acerca de su relación con Esther, la hermosa hija de

quince años de otro mercader judío. «¿Es éste el efecto que Esther tiene sobre ti?», pregunta inocentemente cuando Kattani no se muestra lo suficientemente afectuoso con ella a su regreso. Viéndose comprometido, trata de esquivarla. Sin embargo, en una ocasión, Asmar le felicita amargamente: «Mil bendiciones caigan sobre ti: su padre ha accedido. Puedes adoptar a Esther como segunda esposa». Cogido en el renuncio, Kattani no tiene más remedio que aceptar: «Ella fue mucho más fuerte que yo». A la mañana siguiente de su noche de bodas con Esther, Asmar le incomoda aún más sirviendo el desayuno en la cama a la pareja. Kattani la aparta para decirle: «Tú eres la señora de la casa, esto debería hacerlo una sirvienta». Sin embargo, el drama doméstico se ve interrumpido: un mensajero ha llegado de Teherán para convocar al novio a una audiencia con el sah de Persia.

El viaje de tres días al palacio de éste está repleto de peligros. Kattani es atacado por una banda de kurdos tribales rebeldes, pero obtiene su protección una vez le reconocen como a un judío sablakahi; un kurdo como ellos. Su sentimiento de comunidad le impresiona. Por el contrario, el ocupante del Trono del Pavo Real resulta bastante menos atractivo. «Adelante», le invita el último vástago, una figura diminuta, de la dinastía Qajar. «De rodillas», ordena el fornido guardia de palacio. Sorprendido por lo absurdo de la situación, Kattani se queda postrado riéndose sobre la alfombra. El sah quiere saberlo todo sobre los contactos mantenidos con Moscú. «Tan sólo soy un comerciante judío. No sé nada de nada.» En ese caso, ¿ha mantenido algún contacto con los rebeldes? Los kurdos, advierte Su Majestad, están preparándose para la revolución. Acordándose de sus protectores, Kattani hace reverencias y ademanes negativos.

De regreso a su hogar refiere a Asmar, ya totalmente serena, los rumores que han llegado hasta sus oídos sobre los problemas que se viven en el norte. El amargo y frío invierno de 1915 mantiene a las gentes de Sablakh en sus casas; sin embargo, en el exterior se escucha el ruido de pisadas de botas militares y palabras en una lengua que el políglota Kattani ha tenido ocasión de escuchar en sus viajes: el ruso. Lengua que traduce cuando los notables de Sablakh son llamados a la residencia del cónsul ruso; es el único en entender el discurso de su excelencia:

¡Gentes de Sablakh! El ejército del zar ha entrado en vuestra ciudad con el fin de protegeros y defenderos de los otomanos y sus aliados alemanes. No os haremos daño, ni a vosotros ni a vuestra ciudad, de modo que seguid con vuestros asuntos y no prestéis atención a lo que no os concierne. Pobre del que se entrometa en los asuntos del ejército del sagrado zar y preste ayuda a sus enemigos.

Sin comprender, los habitantes de la ciudad asienten en señal de aprobación: «¡Larga vida al zar Nikolai II!».

«¿Qué va a suceder?», pregunta el rabino tras este encuentro.
 «La tormenta de nieve está haciéndose fuerte», contesta Kattani.
 «¡Es la guerra!», responde el rabino.

El ejército de Enver Pasha está devastando el este de la región, instando a los kurdos a vengarse de los armenios. Las historias de las masacres llegan a Sablakh. Los rusos evacúan la ciudad y, en 1916, llegan los otomanos. Los judíos temen hablar de una «alianza con el islam» oficial, sabiendo lo que esto ha supuesto para los cristianos armenios. Kattani debate la situación con Abu Mohammed, que asegura: «La locura tocará a su fin». Por el contrario, tal y como Kattani –y el narrador– está a punto de constatar, «la locura del mundo» no ha hecho más que comenzar. El hambre se cierne sobre la anteriormente próspera ciudad. Kattani tiene entonces cinco hijos que alimentar y Esther está empezando a volverse loca. La constante preocupación por obtener alimentos con los que mantener a su familia tan sólo es superada por el miedo a perder la vida cuando 15 judíos (entre los que se incluye el rabino) y 33 cristianos perecen a manos de las tropas otomanas.

«Se nos ha exigido ser rusos, otomanos, persas y azeríes. Pero somos hebreos», declara un orador en una reunión de los judíos de la ciudad en la que se debate la crisis. La objeción acallada de Kattani es firme: «Somos sablakahis, kurdos judíos». Sin embargo, su determinación a permanecer en la ciudad se tambalea cuando Esther y sus dos hijos son salvajemente asesinados por dos soldados otomanos. Cuando su hijo pequeño Salman le pregunta sobre el suceso, le faltan palabras para describir la injusticia del mundo. Sin querer –como tantos otros– entrega las llaves de su casa y de su negocio a Abu Mohammed, recoge las posesiones de su familia y parte con la caravana de judíos kurdos que se dirigen a Bagdad.

El lector sabe, a partir de la primera sección de la novela, lo que seguirá a continuación. La familia vive ahora en circunstancias menos prósperas que las que disfrutaba en su hogar de patios y fuentes de Sablakh. Kattani –ahora apodado «el kurdo», Alkurdi– tiene una pequeña tienda en el bazar situado en el centro de la ciudad de Bagdad. En un viaje a Bombay en 1924 se le ocurre la idea de vender ropa de segunda mano, una novedad que le proporciona una segunda fortuna en lo que entonces era el Iraq bajo mandato británico. Las tensiones nacionalistas van en aumento. En 1941, los británicos sofocan un intento de golpe local contra Nuri Said. De acuerdo con el principio «el enemigo de mi enemigo es mi amigo», algunos elementos nacionalistas habían adoptado algunos lemas de la propaganda nazi una vez que Gran Bretaña hubo declarado la guerra a Alemania. Frustrados, comenzaron a dirigir su rabia contra los judíos locales en el ataque conocido como el *farhud*, un ataque que se cobró doscientas vidas. La masacre aparece retratada en la novela: Alkurdi recibe una llamada para acudir a la calle en la que Asmar yace herida de gravedad. En 1951, sus hijos, ahora adultos, optan por desnaturalizarse y volar a Israel; sin embargo, Alkurdi no puede aceptar irse con ellos. Los oficiales iraquíes llegan y le encuentran saboreando una taza de café en su tienda, ubicada en el ya por aquel entonces desierto barrio judío. A partir de ese momento, el kurdo pasa a ser a ser considerado por las autoridades como un iraní y debe ser deportado a la fuerza a Teherán. En sus ebrias

meditaciones, una vez allí, sueña con volver para reclamar su negocio en Bagdad. No obstante, los acontecimientos conspiran una vez más en su contra y acaba en Israel; un judío obligado a errar. Un hombre anciano que repasa su vida desde Ramat Gan.

Sin embargo, la novela acaba con el exilio de Sablakh, una descripción que evoca la similitud de la condición del refugiado allá donde se encuentre, incluido el desplazamiento de los judíos de Bagdad a Israel y la desposesión árabe en Palestina.

La caravana se adentra aun más en las profundidades del camino; pronto se pone el sol. Los carros son tragados por la oscuridad y lo desconocido. El sueño de adquirir una nueva vida en otro país. Sus dirigentes no les protegieron del acuerdo firmado por ellos mismos, y no detuvieron la injusticia del exilio. Volaron llevándose sus trastos. Trastos, amada y distante Sablakah [...], y entonces, Sablakh, nos convertimos en trastos. Por la noche, el color de los cuervos se cieme sobre el mundo y las caravanas, en la huida, aceleran el paso en la oscuridad dirigiéndose hacia la frontera occidental. La gente ya ha perdido su identidad [...]. Se precipitan cruzando la tierra de sus antepasados, tragados por la noche. Pronto los engullirá la tierra de otro país extraño donde se convertirán en un grupo de inmigrantes pobres, refugiados.

La quiebra de su identidad, originada por la migración, resuena en la gramática de la novela: Alkurdi se presenta de forma variable en primera, segunda y tercera persona del singular: ¿es el hombre agonizante la misma persona? En un encuentro entre ambos en Ramat Gan, el narrador experimenta un temor reverencial hacia su joven alter ego, cuya impresionante historia aparece narrada en el libro. Con mano temblorosa, Alkurdi le ofrece un plato con plátanos y manzanas:

Recuerda, juventud mía, ¡inténtalo! Y toma otro plátano u otra manzana. Ésta sigue siendo la tierra de las naranjas. A Sablakh no llegaban en estas cantidades. Sablakh, sus colinas y valles, donde crecen nueces, bellotas y piñas.

El detalle aparentemente prosaico de la fruta en este pasaje declamatorio no está exento de significado. La «Tierra de las Naranjas» es el apelativo literal empleado para referirse a la Palestina presionista. Sus naranjales eran célebres y la cosecha exportada hacia otras regiones. Los sistemas de plantación e irrigación israelí permitieron la introducción de los plátanos y las manzanas, aunque la tierra, en realidad, siguió siendo una tierra de naranjas. La novela constituye un esfuerzo por recordar historias olvidadas como éstas, y en las historias nacionalistas del moderno Oriente Próximo, las de los kurdos y judíos árabes han caído en el olvido aún más que las de los palestinos. El único poder que le queda a Alkurdi es su habilidad para recordar; se trata de una forma de resistencia, pero también de revancha frente a los enemigos que destruyeron Sablakh, asesinaron a sus esposas y le obligaron a vivir como un refugiado desposeído en Israel. Reprocha a Tiempo el haber intentado apagar su determinación

vengativa a medida que se iba transformando a raíz de los distintos episodios vividos durante el exilio. Esta obra es una respuesta a Tiempo, el producto de ese deseo.

A pesar de que buena parte de la narrativa de Naqqash tiene una base autobiográfica, esta novela, en parte, es una excepción. Shlomo Kattani Alkurdi era un vecino de Naqqash en Teherán durante la década de los sesenta, alguien con el que habría compartido bebida y conversación sobre el pasado, llegando Alkurdi, en alguna ocasión, a emborracharse de un modo tal que su atento interlocutor se habría convertido en objeto de algún impropio. A pesar del carácter fantástico que adquiere el relato en algunos momentos, se trata de una historia realmente ocurrida. Los temas que aparecen, no obstante, son típicos de la obra de Naqqash en su conjunto. Algunos han caracterizado su actitud como nostálgica, y verdaderamente *Shlomo Alkurdi* pone de manifiesto la preocupación que el autor experimenta hacia ciertas realidades del pasado. Sin embargo, su última novela, *Los genitales de los ángeles* (1996), también publicada por Manshurat Aljamal, contiene descripciones sorprendentes y surrealistas de las penalidades de un judío árabe –de rostro «terrorista»– en un control del aeropuerto de Ben Gurion; no más surrealistas que las que tienen lugar a diario.

Marginado en Israel, donde su autoidentificación como un exilado de Iraq cuestiona las afirmaciones sionistas de haber «rescatado» a los judíos de Bagdad del «holocausto», el campo de batalla de Naqqash es el entorno literario árabe. En este terreno introduce la idea de que los judíos también tienen una historia árabe, haciendo frente así al antagonismo israelíes-árabes que ha categorizado a ambas identidades como mutuamente excluyentes. Desde luego, los judíos de Oriente Próximo –*mizrahim*, en hebreo– han sido parte del mosaico de identidades culturales que conformaron los horizontes sociales de la región durante siglos antes de la emergencia del nacionalismo.

Otros escritores judíos iraquíes con similares convicciones antisionistas –Shimon Ballas o Sami Mikhael, por ejemplo, ambos bien conocidos en Israel– han optado ahora por escribir en hebreo o, en algunos casos, en ambas lenguas, y librar una batalla en el seno del panorama israelí. Esto les permite tener una posición menos aislada que la de Naqqash y quizás ejercer una mayor influencia a la hora de desafiar las sensibilidades sionistas. Los círculos literarios israelíes se muestran perplejos ante el rechazo de Naqqash a escribir en hebreo; una pregunta a la que Naqqash contesta (en hebreo) con cierta aspereza en una reciente entrevista: «¿Qué quieren de mí? ¡Me limito a preservar mi autonomía!»; es el mundo en torno a él y su «locura» lo que hace de esta actitud una lucha política.

La recepción de este escritor israelí en el mundo literario árabe también ha suscitado sospechas, a pesar de que el novelista egipcio Naguib Mahfouz ha afirmado que se trata de «uno de los mayores artistas que escri-

ben hoy en lengua árabe». A pesar de todo, aquí, la particular política lingüística de Naqqash ha generado dificultades adicionales. Naqqash escribe en el árabe culto común de las *belles lettres*; sin embargo, en las frecuentes conversaciones entre judíos iraquíes que se desarrollan en su obra utiliza un dialecto específico hablado por los judíos de Bagdad; a finales de la década de los cuarenta lo hablaban cerca de 140.000 habitantes de esta ciudad, aunque tan sólo resultaba comprensible en un 80 por 100 para sus compatriotas musulmanes o cristianos. Hoy es prácticamente una lengua muerta, e incluso los compatriotas judíos iraquíes de Naqqash se quejan de la dificultad que entraña su lectura y del hecho de que ha de ser completado con traducciones a otros dialectos árabes. Una vez más, el uso de una lengua árabe-judía que los nacionalistas de todos los bandos preferirían olvidar contribuye a excluirle por partida doble; a pesar de la importancia que Alkurdi concede a la lengua, la política y la identidad, su obra ha suscitado el interés de los estudios literarios poscoloniales. Frente a la importancia de estas tribulaciones psicológicas, otros intelectuales judíos iraquíes en Israel han optado por centrar su atención en cuestiones sociales y de clase. Algunos, como Sasson Somekh y David Semah, han intentado crear un frente árabe común; actuando como pioneros en cuestiones palestinas, publicando artículos y poemas en diarios árabes críticos con el sistema como lo era *Al-Jadid* en la década de los cincuenta.

La primera novela de Shimon Ballas en hebreo, *El campo de tránsito*, de 1964, pone así mismo de manifiesto una preocupación de carácter más material con la grave situación que atraviesan los judíos árabes. Ambas orientaciones se complementan entre sí en importantes aspectos; sin embargo, quizá vaya siendo hora de traducir las obras de Naqqash al hebreo como un modo muy necesario de refutar una visión del mundo que preferiría negar a los judíos una historia significativa al margen del Estado de Israel o, por otra parte, borrar una historia judía más antigua en el seno de un Oriente Próximo más amplio.